Magia en el antiguo Egipto

Maldiciones, amuletos y exorcismos

Javier Arries

Luciérnaga

Magia en el antiguo Egipto

Maldiciones, amuletos y exorcismos

Javier Arries

Ediciones Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Javier Arries

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño
Área Editorial Grupo Planeta
Imágenes de cubierta © Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2016

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-18-1
Depósito legal: B. 11.951-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Agradecimientos 9

Prólogo 11

1. Egipto. El don del Nilo **15**
Un poco de historia. El Neolítico 17
El Reino Antiguo 19
El Reino Medio 22
El Reino Nuevo 23
Bajo dominio extranjero 25
Las fuentes del conocimiento mágico 27
Heka, el poder mágico 33
Dioses magos 39

2. La creación es magia **45**
La Enéada heliopolitana. Atum-Ra y el Nun 46
Shu y Tefnut. La primera pareja divina 49
Nut y Geb. Cielo y Tierra 50
La Ogdóada hermopolitana 51
Teogonía menfita 54
La creación al estilo tebano 58
Esna 59
El mundo según los egipcios 62
Isis y Osiris 63
Palabras de poder 70

3. Espíritus, fantasmas y demonios **75**
Habitantes de lo invisible 78
Terrores nocturnos 83

Magia protectora. Varas y cuchillos mágicos 85
El dios enano que aterroriza a los demonios 92
Hijos de diosas terribles 95
Espiritismo en la tierra de las pirámides 99
Magia protectora contra seres de ultratumba 102
Cartas a difuntos 104
Posesiones y exorcismos 108

4. Historias de miedo y magia 115
Ubainer y el cocodrilo de cera 116
Djadjamanj y la joya verde 118
La historia de Djedi 120
El parto de Reddjedet 124
El ciclo del príncipe Jaemuaset 127
Setne y Si-Osiris 136
El mago Mery-Ra 146
La historia de Nectanebo II 149
El aprendiz de brujo y otros cuentos 153

5. Escuela de magos 161
Los magos oficiales 162
Los magos de la gente de a pie 165
Los preparativos 169
Espacio y tiempo sagrados 172
Los instrumentos 173
Ingredientes 177
La actitud del mago 178
El conjuro 181
El poder del gesto 183

6. Magia talismánica 185
Ab. El amuleto del corazón… 191
Anj, shen y cartuchos 192
Dje-Baui. El amuleto de los dos dedos 193

Djed. El pilar 195
Heh. El dios de la infinitud 196
Heqet. La diosa rana 197
Jeper. El escarabeo 197
Menat. El amuleto de Hathor 202
Tyet. El nudo de Isis 203
Udyat. El ojo divino 204
Ueres. La almohada 208
Una multitud de amuletos funerarios 208

7. Magia nociva. El poder de la imagen 213
Maldiciones y maleficios 214
La conjura del harén 219
Amores y amarres 226
Criados mágicos 230
El mal de ojo y otras formas de maldecir 236

8. El arte de curar 243
Dioses y demonios de la enfermedad 247
Dioses de la salud 253
Obstetricia y pediatría 261
Un arsenal mágico 266

9. Mancias y ritos adivinatorios 267
Oniromancia 271
Visiones y oráculos divinos 275
Médiums y clarividentes 282
Astrología 285
Hemerología. Días faustos e infaustos 289

10. Ayer y hoy de la magia egipcia 293
El culto a Isis conquista el Mare Nostrum 294
Un crisol de magias 299
La ciencia hermética 306

El tarot y su presunto origen egipcio 313
La masonería y otras sociedades secretas 315
Piramidología, kemetismo y ¿vampiros? 320

Glosario 327

Anexo. Libros de sueños 329

Bibliografía y recursos 333
Bibliografía 333
Recuros en Internet 335
Museos y lugares de interés 335

1

EGIPTO. EL DON DEL NILO

Egipto era el don del Nilo, decía el historiador griego Heródoto en el siglo V a. C. Y Egipto sigue siendo aún hoy el don del Nilo. En medio de un inmenso territorio estéril, considerado desde antiguo como la morada de la muerte y de los demonios, el desierto, *deseret*, como lo llamaban los antiguos egipcios, «la tierra roja», serpentea el segundo río más grande del planeta. Y en medio de esa inmensidad roja, una estrecha franja de tierra fértil a ambos lados del río. Es *Kemet,* la tierra negra, como los egipcios llamaban a esta ribera fértil del Nilo. La vida en medio de la nada... El milagro empieza lejos, en el ecuador de África, cuando las intensas lluvias caen en tropel sobre el lago Victoria. El nivel del agua crece y crece, hasta que el lago se desborda, y un inmenso caudal de agua baja a través de las montañas aprovechando el cauce del río, atravesando Ruanda y Sudán, abriéndose paso hacia el mar.

Este hecho coincide con la aparición a mediados de julio de la estrella Sirio, Sothis para los egipcios, la más brillante del hemisferio norte, en el horizonte. Comienza para los antiguos egipcios la estación *ajet,* la de la inundación. Una vez que la inundación llega hasta el delta, el agua sigue subiendo de nivel durante el mes de agosto y alcanza su cota máxima en septiembre. Comienza a finales de septiembre la estación *seret*, dedicada a la siembra. El nivel del agua empieza a descender lentamente, hasta que en noviembre el río vuelve a su cauce normal, dejando tras ella, en ambas orillas, el limo, una tierra negra, abonada y fértil, lista para la siembra; una tierra donde crecen abundantes las co-

sechas. En abril empieza la estación *shemu*, la época de la recolección, que se extendía hasta junio. Si la crecida ha sido buena se recogerán hasta dos cosechas. Es la magia de la vida traída de la mano de las aguas de Iteru, «el río», la magia que hizo posible el surgimiento de una civilización milenaria a orillas de una de las corrientes fluviales más importantes del planeta. Cuando este milagro no se producía, cuando la inundación era escasa, la sequía era ineludible y el fantasma de la hambruna se cebaba sobre Egipto. Hambre, enfermedades y muerte se apoderaban del país. En ciertos textos se afirma que en alguna ocasión fue tal el hambre que en algunos lugares los hombres devoraron a sus propios hijos.

En esta cultura milenaria a orillas del río, la magia es algo tan natural como la vida, como el agua, la tierra o el sol. Y para poder entender el concepto de magia que surgió en esta tierra, además de conocer su peculiar geografía, no está de más conocer someramente su historia. A lo largo de estas páginas haremos referencia a textos y objetos mágicos de diferentes tiempos y dinastías. No nos extenderemos mucho. Hay una buena cantidad de obras que abordan la historia de Egipto para los lectores que quieran profundizar en el tema, y al final de esta obra el lector curioso podrá consultar la bibliografía. Así que tan sólo daremos algunos apuntes básicos que nos ayudarán a entender mejor las cuestiones que abordaremos a lo largo de esta obra. Vamos a empezar nuestro viaje rápido por la historia de Egipto remontándonos a tiempos prehistóricos. Hace unos diez mil años, acabada la última glaciación que afectó al planeta, las temperaturas comenzaron a subir y el norte de África empezó a convertirse en un desierto, el Sahara. La población fue concentrándose a las orillas del Nilo. Hacia el 5000 a. C., el Neolítico llega a Egipto y comienzan a desarrollarse diferentes culturas en distintas partes del Nilo con sus propias características. Es el llamado **Periodo Predinástico**, a lo largo del cual van prosperando pequeñas aldeas de gentes dedicadas a la agricultura y al pastoreo en el norte, en el delta del Nilo, y en el sur, en el territorio de lo que hoy es Sudán.

En realidad estamos hablando de dos países. Desde muy antiguo hay dos zonas bien diferenciadas a lo largo del Nilo. Por un

lado, al norte, el Bajo Egipto, que se corresponde con el delta, el territorio que da al Mediterráneo, surcado por una enorme cantidad de afluentes del Nilo que desembocan en el mar. Los egipcios llamaban al Bajo Egipto *Ta-Mehy,* «la tierra del papiro». Con el tiempo este reino del norte, llamado también el país de la abeja, estaría simbolizado por la llamada corona roja del Bajo Egipto, *Desheret*. Por otro lado, encontramos al sur el Alto Egipto, que comprende el cauce del río antes de que éste se bifurque en los ramales que componen el delta. Este territorio era llamado *Schmau,* «la tierra de la cebada», y su símbolo era la llamada corona blanca del Alto Egipto, *Hedyet*. No es de extrañar, por lo tanto, que los egipcios, al hablar de Egipto, se refirieran a él como «el Doble País».

Un poco de historia. El Neolítico

En el norte, prospera por un lado la cultura conocida como **Fayum A** (5300-4700 a. C.), llamada así porque se desarrolla en torno al oasis del mismo nombre al oeste del delta. Sus gentes son seminómadas que viven de la caza, la pesca y la ganadería, aunque también sembraban y cultivaban, pero se desplazaban en busca de nuevas tierras de cultivo y de territorios de caza y no formaban asentamientos fijos. En el vértice sur del delta, cerca de la actual El Cairo, surge la cultura de **Merimde** (5200-4700 a. C.). Los merimdenses son agricultores y ganaderos sedentarios. En ellos ya reconocemos prácticas mágicas. Se constata el uso de amuletos por los hallazgos de hachas pequeñas y azuelas que se llevaban como colgantes. Construyen casas de forma oval que disponen en calles, núcleos primitivos de lo que más tarde serán asentamientos urbanos.

En el Alto Egipto se desarrolló mientras tanto la cultura **badariense** (4400-4000 a. C.), constituida por gentes seminómadas que empiezan a hacer uso de metales, especialmente el cobre, aunque se trabaja en frío; es decir, a golpe de martillo y sin fundirlo previamente. Esta cultura será la que acabe colonizando el valle del Nilo. La cultura badariense va a ser el germen del que

nacerán otras dos. Una de ellas, la llamada cultura de **Maadi** (4000-3200 a. C.), se desarrolla en el delta del Nilo, en el Bajo Egipto. Los maadienses se dedican al comercio y crean asentamientos urbanos bien organizados. En el norte, en el delta, acaba apareciendo un reino con dos ciudades importantes. Por un lado, la capital, Per-Uadyet, a la que los griegos más tarde llamaron Buto. Per-Uadyet estaba al noroeste del delta y su nombre significa «Casa de Uadyet». Recibía este nombre porque su divinidad local era la diosa cobra, Uadyet. La otra gran ciudad del Bajo Egipto estaba a unos diez kilómetros al nordeste de El Cairo, y se convirtió en un centro político y religioso de primer orden. Los egipcios la conocían como Iunu, palabra que significa «pilar». Pero el nombre por el que llegaría a ser más conocida es Heliópolis, nombre griego que significa «la Ciudad del Sol». En Heliópolis nació un poderoso clero dedicado a la adoración del dios del Sol.

La otra cultura nacida de la badariense emerge en el sur. Se la conoce como **Naqada I** (4000-3500 a. C.) porque estaba centrada en la actual ciudad de Naqada, una población que entre los egipcios se conocía como Nubet, «la Dorada» o «Ciudad de Oro», y que los griegos conocieron como Ombos. Naqada se convirtió en una ciudad hegemónica, cabeza de una poderosa confederación. Empiezan a surgir pequeños estados centrados en una ciudad que es su capital, con su propio dios local. Cada uno de estos estados es un nomo, palabra con la que los griegos aludían a las divisiones territoriales egipcias. Cada nomo tenía un jefe, un nomarca. Cuando Egipto fue unificado, estos estados independientes pasaron a ser regiones administrativas regidas por un gobernador que actúa en nombre del faraón. A la capital del nomo acudían los habitantes de las aldeas cercanas para comerciar, ir al templo, etc. El templo del nomo estaba dedicado a la divinidad local, que era considerada el Señor del nomo, y el nomarca, la máxima autoridad, era a la vez su sacerdote principal. El templo no era un lugar donde la gente iba a orar, sino que era «la casa del dios», donde era servido cada día por los sacerdotes dedicados a su culto.

A Naqada I le sucede la civilización de **Naqada II** (3500-3200 a. C.), que se extiende por el sur hasta la segunda catarata y

por el norte hasta el delta, muy cerca de la actual El Cairo. Encontramos ya aquí los primeros signos que darán lugar a la escritura jeroglífica. Una ciudad de la confederación se va a imponer por la fuerza sobre Naqada. Se trata de Hieracómpolis, «ciudad de halcones», nombre griego de la ciudad, a la que los egipcios llamaban Nejen, cuyo significado es fortaleza. La divinidad de Hieracómpolis es Horus, rival acérrimo del dios Set, el dios de Naqada. Se trata de una lucha política y religiosa en la que los adoradores de Set, las gentes de Naqada, son vencidos por los adoradores de Horus de Hieracómpolis. Con Naqada II termina el llamado Periodo Predinástico y da comienzo el **Periodo Protodinástico**, que se inicia con una cultura sucesora de Naqada II, la de **Naqada III** (3200-3000 a.C.). Los reyes de Hieracómpolis son cada vez más importantes y conforman lo que se ha llamado la dinastía 0. Son sus reyes, el mítico rey Escorpión y su sucesor, Narmer, los que acabarán conquistando el norte y unificando las dos coronas, la blanca del Alto Nilo y la roja del Bajo Nilo, en una sola. La escritura jeroglífica ya existe y todo el valle del Nilo es una cultura uniforme centrada en ciudades con sus propios dioses locales. Termina así el llamado Periodo Protodinástico. Acabamos de entrar de lleno en el **Periodo Dinástico**, faraónico, que se subdivide a su vez en otros periodos a lo largo de los cuales Egipto va pasando por diferentes vicisitudes y cambios.

El Reino Antiguo

El primero de estos periodos es el llamado **Periodo Arcaico** o **Dinástico Temprano** (3000-2686 a. C.); el tiempo de las dinastías I y II, que tenían su capital en la ciudad de Tinis, según el historiador y sacerdote egipcio Manetón, que vivió en el siglo III a. C. Por esta razón se conoce también como **Periodo Tinita**. Pero no hay vestigios arqueológicos que indiquen que haya sido así; sí los hay, en cambio, que señalan que la capital estaba realmente en Menfis. Con el fin de este periodo comienza el tiempo del llamado **Reino Antiguo** (2686-2125 a. C.), cinco siglos que comprenden el reinado de las dinastías III a la VI, asentadas aún en la

ciudad de Menfis. Hasta entonces los reyes y principales eran enterrados en mastabas, edificaciones en forma de pirámide truncada muy cerca de su base que se construyen de ladrillo o piedra. Pero durante el reinado de Dyeser, de la III dinastía, su primer ministro, el sabio Imhotep, ideó una primera pirámide, la pirámide escalonada de Saqqara, en forma de una colección de mastabas construidas una encima de otra a modo de escalera monumental para que el espíritu del rey pudiera ascender al cielo. La costumbre de construir pirámides para albergar el cuerpo del faraón cuando muera sigue en la cuarta dinastía con Esnefru, Keops (Jufu), Kefrén (Jafra) y Mikerinos (Menkaura). Los nobles y las personas cercanas al rey son enterradas en mastabas cerca del monarca para favorecerse de su poder y su influjo.

Figura femenina de marfil de la cultura badariense. Este tipo de imágenes femeninas parece tener una función religiosa y probablemente están asociadas a cultos de la fertilidad. Altura: 14 cm. EA 59648 (Museo Británico).

Con los primeros reyes de la dinastía, el culto a Ra adquiere mayor importancia, y después fue el de Osiris el que empezó a destacar a su vez. Aparecen además los llamados *Textos de las Pirámides*, que se inscriben en los muros de las tumbas y que componen un conjunto de himnos, relatos míticos y encanta-

mientos destinados a facilitar el acceso del difunto al Más Allá. Con la quinta dinastía ocurre un hecho que será relevante y al final marcará el declive y el colapso del Imperio Antiguo. Por un lado, el clero de Ra empieza a ganar poder económico y político, gracias a las muchas concesiones, exenciones de impuestos y propiedades que les cede la casa real. Los enterramientos son cada vez más suntuosos, con ajuares y gastos exacerbados. Además, el culto a los muertos y el de los templos exigían continuas y cuantiosas ofrendas y una gran cantidad de recursos que colapsaron la economía del país. La población empezó a padecer hambre, agravada por una sequía que además atrajo a muchas gentes procedentes de Oriente hacia el delta del Nilo.

Por otro lado, los nomarcas, los nobles que gobiernan los nomos o provincias del reino, empiezan también a ganar poder político en sus propios territorios. Hasta aquel momento el nomarca era designado por el rey, pero muchos de ellos convierten la institución en hereditaria. La monarquía como institución acabó debilitándose. Con uno de los faraones de la sexta dinastía, Pepi II, la situación se agravará hasta el punto de que los nomarcas acaban actuando como reyes y jefes de Estado de sus propios estados y Egipto vivirá tiempos de desorden, incertidumbre, violencia, fragmentación y un caos social sin precedentes.

Es el llamado **Primer Periodo Intermedio** (2160-2055 a. C.), de poco más de un siglo, y que supone el fin de la dinastía menfita;un intervalo crítico que se caracteriza por la fragmentación del estado y que afecta a las VI dinastías, y posteriores, hasta mediados de la XI. El antiguo orden se había desmoronado. Es un tiempo de crisis en el que surge una literatura pesimista que refleja la anarquía y la penuria reinantes. Un rasgo importante de este periodo es la democratización de las costumbres funerarias debido a que las clases medias de las ciudades prosperan. Ya no son los reyes o sus nobles más allegados los que por un favor real aspiran a un enterramiento lujoso rodeados de textos sagrados. La nobleza más baja y las clases pudientes tratan también de procurarse enterramientos que les faciliten la adquisición del estado de *aj*, que les convierta en difunto glorificado identificado como

un *osiris;* es decir, como alguien que a semejanza del dios Osiris, muere para resucitar. De hecho, Osiris, junto con Amón, se convierte en la divinidad más popular.

Ya no se crean pirámides como tumbas, sino mastabas e hipogeos, tumbas excavadas en la roca. Aparecen los *Textos de los Sarcófagos*, el equivalente a los *Textos de las Pirámides,* aunque aquéllos se escriben sobre el sarcófago que contiene la momia del difunto y permitirán a éste leer los conjuros necesarios para ganar la inmortalidad y evitar la segunda muerte. Los nomarcas compiten y luchan entre sí. De entre ellos, los más influyentes y poderosos son, por un lado, los de Heracleópolis, que consigue imponerse sobre el Medio y Bajo Egipto; por otro, los de Tebas, la ciudad donde se rendía culto a Amón, y que establece su dominio en el Alto Egipto. Ambos nomos se enfrascan en una continua lucha por el control hasta que Mentuhotep II, de Tebas, conquista Heracleópolis y consigue unificar de nuevo el país.

El Reino Medio

Egipto inicia así una nueva etapa, el **Reino Medio** (2055-1650 a. C.), unos cuatro siglos que abarcan la mitad de la XI dinastía y la XII. La capital acaba trasladándose de Tebas a Itytauy. Egipto recupera su prosperidad, aunque, pese a los intentos de los faraones, ya no se consiguió recuperar el poder absoluto que ejercían los reyes del Reino Antiguo. No obstante, y pese a excepciones, el rey deponía a los nomarcas y escogía a sus propios hombres como gobernadores, además de mantener a raya el poder del clero de Amón, que ganaba importancia sustituyendo al todopoderoso clero de Ra de finales del Reino Antiguo. El poder militar de Egipto se extendió hasta la Tercera Catarata. Pero nada es duradero... Pueblos de Libia y de Canaán comenzaron una migración progresiva a las tierras fértiles del delta del Nilo. Aquella migración acabó convirtiéndose en una verdadera conquista cuando hicieron su aparición hordas de hicsos, un pueblo o una confederación de pueblos de origen aún sin precisar que, aprovechando

su mejor armamento y el uso mayoritario del bronce, acabaron por dominar buena parte del país y poner fin al Reino Medio gracias a sus mejores armas.

La irrupción de los hicsos y el derrumbe del Reino Medio dio lugar a otro siglo de crisis, el llamado **Segundo Periodo Intermedio** (1650-1550 a. C.). Los hicsos dominaron el delta, el norte, y establecieron su capital en Avaris, desde donde gobernaron el Bajo Nilo, conquistaron Menfis y dieron lugar a las dinastías XV y XVI. Mientras tanto, al sur, en el Alto Nilo, gobernaban los últimos reyes egipcios de la XII dinastía y los de las dinastías XIII y XIV. Egipto estaba dividido otra vez. Al norte, los reyes hicsos controlaban el delta. Al sur, reyes egipcios conseguían, a duras penas, mantenerse independientes de los recién llegados, y algunos reinos en el Egipto Medio eran vasallos de los invasores. La situación permaneció así hasta que Tebas se independizó y su rey inauguró la XVII dinastía declarando la «guerra de liberación», que acabaría expulsando a los invasores hicsos del país.

El Reino Nuevo

La siguiente dinastía, la XVIII, inaugurará una nueva etapa de esplendor, el **Reino Nuevo** (1550-1069 a. C.), cuya capital será Tebas; cinco siglos que incluyen también a las dinastías XIX y XX. La lucha contra los hicsos dotará a Egipto de un ejército profesional y eficaz, y de hecho el Reino Nuevo es un periodo de expansión militar que alcanza el Éufrates en Asia y se afianza en Nubia al sur. El comercio se incrementa igualmente, pero también los problemas con los pueblos vecinos: invasiones de beduinos, rebeliones en Nubia y Siria... Un acontecimiento inusual y que se ha hecho muy popular es el llamado periodo de Amarna, durante el cual el faraón Amenhotep IV decretó que sólo se rindiera culto al dios Atón, el disco solar, enfrentándose al poderoso clero del dios Amón. Amenhotep IV cambió su nombre por el de Ajenatón (servidor de Atón). Él y su esposa Nefertiti mandaron construir una nueva capital, Ajetatón, la actual Amarna. Las pretensiones del rey no calaron en los egipcios de a pie, y a su

muerte todo vestigio de la herejía atoniana fue eliminado, y el nombre del faraón borrado de inscripciones y monumentos, en un intento por condenarlo al olvido. El clero de Amón recuperó su poder con la llegada al trono del hijo de este faraón hereje, el pequeño Tut-Anj-Atón, que cambiaría su nombre por el de Tut-Anj-Amón.

Fragmentos de los Textos de las Pirámides en la Pirámide del faraón Unas de la V dinastía. Saqqara. Los Textos de las Pirámides contenían fórmulas mágicas para el uso de los reyes. Dichos textos se escribían sobre las paredes de la pirámide para que estuvieran accesibles al difunto.

Una dinastía importante de este periodo es la XIX, o ramésida, llamada así porque fue inaugurada por Ramsés I, un general cuya familia era de origen hicso y que procedía de la antigua capital de este pueblo, Avaris. El monarca más conocido de esta dinastía es Ramsés II. Con el tiempo varios factores comenzaron a marcar la decadencia del Reino Nuevo. Hubo disturbios populares (la primera huelga de la historia se registró durante el reinado de Ramsés III) y casos generalizados de corrupción política y religiosa, que incluyeron el robo de tumbas reales, dando fe de un descreimiento religioso sin precedentes. Por otra parte, en Tebas el poder político lo ejercía el sumo sacerdote de Amón en lugar de un nomarca laico. El clero de Amón en Tebas recuperó e incrementó sus riquezas y su poder y pronto comenzaron las fricciones con el poder real. El Reino Nuevo llegó a su fin con lo que los tebanos llamaron la Guerra de los Impuros,

un conflicto con adoradores del dios Set que acabó con Egipto dividido y en manos de mercenarios libios que instauraron sus propias dinastías.

El famoso *Libro de los muertos*, que en realidad se llama *Libro de la salida a la luz del día*, empezó a formarse a comienzos del Imperio Nuevo. Supone una democratización de los ritos fúnebres y la esperanza de vida eterna más allá de la muerte, ya que los primeros textos en este sentido, los de las pirámides, sólo estaban en poder de los reyes, y los de los sarcófagos sólo eran accesibles para los ricos y los nobles. El *Libro de los muertos*, aunque era pintado también en las paredes, se recogía en papiros y se dejaba en el sarcófago o en la cámara funeraria para que el fallecido pudiera tenerlo a mano y recitar los conjuros incluidos en él.

Bajo dominio extranjero

Comenzaba otro periodo de crisis y división, el **Tercer Periodo Intermedio** (1069-664 a. C.), mucho más largo que los anteriores; cuatro siglos durante los cuales Egipto quedó fragmentado en pequeños reinos gobernados por extranjeros libios. La situación va a cambiar cuando aparece en el sur, en Nubia, un nuevo reino centrado en una capital pujante, la ciudad de Napata, el reino de Kush. Los reyes kushitas, XXV la dinastía, fueron conquistando los reinos regidos por los libios hasta conseguir la unificación del país y establecieron la capital en Menfis. Y entonces se produjo la invasión asiria. Corría el siglo VII a. C. Procedentes del este, los asirios conquistaron Menfis y se hicieron con el control del Bajo Egipto.

Bajo el dominio asirio, el gobernador de la ciudad de Sais se rebeló y consiguió la independencia de Egipto. Da comienzo así el llamado **Periodo Tardío** o **Época Baja** (664-332 a. C.), regido por la dinastía saíta, XXVI la dinastía, que prefirió promover el culto a Osiris. Es durante esta dinastía cuando El *Libro de los muertos* tomó su forma definitiva. Pero Egipto volvió a sufrir otra invasión extranjera, esta vez la de los persas, en el año 525 a. C. El rey persa Cambises tomó Menfis y anexionó Egipto al Imperio

persa como una provincia más. Hubo rebeliones internas para liberarse del yugo persa, y durante un breve periodo Egipto volvió a ser independiente bajo el gobierno de un faraón nativo. Pero duraría poco. En el 343 a. C. los persas reconquistaron Egipto, y el último de los faraones oriundos de Egipto, Nectanebo II, huyó del país. Una leyenda que examinaremos más adelante afirma que el faraón, experto mago y adivino, huyó a Grecia, donde engendraría a aquel que acabaría a su vez, en el año 332 a. C., con el dominio persa en Egipto: Alejandro Magno.

Alejandro Magno arrebata Egipto a los persas y es recibido como un libertador que es coronado como faraón. Comienza así el **Periodo Helenístico o Ptolemaico** (332-30 a. C.). A su muerte, una dinastía griega, la de los Ptolomeos, gobernaría el país hasta la dominación romana. Griegos y egipcios mantuvieron su identidad en este tiempo, pero era inevitable que se influyeran mutuamente. Ptolomeo I creó la famosa biblioteca de Alejandría, ciudad que se convirtió en un crisol de culturas con una importante comunidad griega y judía, una curiosa mezcolanza que influirá de forma determinante, como veremos, en el desarrollo de la magia y otras ciencias afines no sólo en Egipto, sino en todo el Mediterráneo. Con Ptolomeo II, Alejandría se convirtió en capital y en un centro cultural de primer orden al que viajaban sabios de todos los lugares del Mediterráneo. Astrología, magia, hermetismo, gnosis, teúrgia, alquimia..., todas ellas le deben mucho al intercambio de ideas y al ambiente ecléctico de la ciudad. En los últimos años de los Ptolomeos, la decadencia de los reyes grecoegipcios era evidente. Roma interfería y controlaba cada vez más la política del país, hasta que el 30 de julio del año 30 a. C., Octavio, el futuro emperador romano Augusto, entró en Alejandría. Su última reina, Cleopatra VII, se quitó la vida. Egipto se convirtió así en una provincia de Roma, dando comienzo al llamado **Periodo Romano** (30 a. C.-395 d. C.). La antigua religión y los vestigios de la antigua civilización resistieron el embate de los nuevos tiempos hasta primeros del siglo VI d. C., cuando se cerró por decreto imperial el último de los templos paganos en la isla de Filé. El Antiguo Egipto, el Egipto de los faraones y los viejos dioses, se convirtió en historia...

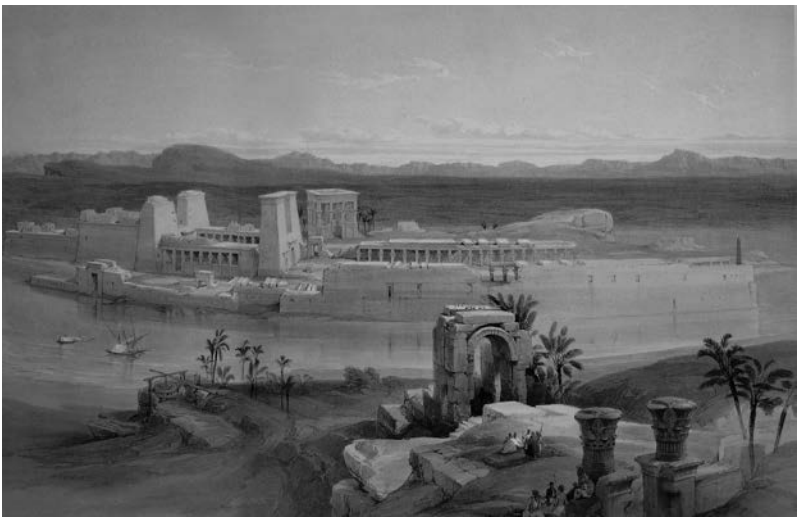
Las fuentes del conocimiento mágico

Estamos tratando, como hemos visto de una forma muy somera, de una civilización que duró más de tres mil años. Y aunque algunas cosas permanecieron prácticamente inalteradas, era inevitable que pasara por diferentes periodos, algunos de ellos convulsos. Además de las relaciones comerciales con sus vecinos, en sus últimos años Egipto pasó por la invasión y la dominación de diferentes pueblos extranjeros: hicsos, asirios, persas, griegos, y por último la dominación romana. Las actitudes hacia la magia fueron cambiando paulatinamente, y conforme avanzamos en el tiempo vemos la influencia de las creencias y prácticas religiosas y mágicas de los pueblos con los que estuvieron en contacto: nubios al sur, las gentes de Oriente Próximo, pueblos mediterráneos... Ninguno de estos pueblos dominó culturalmente a Egipto, que más bien los absorbió en mayor o menor medida. El país del Nilo conservó siempre su propia identidad cultural. Pero evidentemente dejaron su impronta en el terreno de las creencias y por supuesto en el de la magia.

¿De qué fuentes disponemos para saber cómo se entendía la magia en Egipto? Principalmente, de dos. La primera de ellas es la evidencia arqueológica, que nos ha llegado en objetos de todo tipo vinculados con la vida espiritual y las técnicas mágicas: objetos rituales, ceremoniales, estelas, amuletos y talismanes que se encuentran en las excavaciones. Tenemos evidencias arqueológicas desde el cuarto milenio a. C. La otra fuente son los documentos escritos. Por un lado contamos con las descripciones de autores grecolatinos que viajaron o visitaron el país, pasajes bíblicos, etcétera Por otra, contamos con los textos que escribieron los propios egipcios, conservados no sólo en rollos de papiro o pergamino, también aquellos que se inscribieron sobre sarcófagos, paredes y monumentos, y de los que tenemos constancia a partir del tercer milenio a. C. Objetos funerarios, estatuas, embarcaciones, estelas, muebles, amuletos, trozos de piedra… Una gran cantidad de objetos tienen escritos o inscripciones de carácter mágico.

Gracias a estos hallazgos nos queda claro que la magia estaba presente de forma continua en tres importantes facetas de la

vida de los egipcios. Por un lado hay una magia que se usa en los ritos funerarios para asegurar la vida en el más allá del difunto. Por otro, los ritos mágico-religiosos celebrados en los templos para mantener el Orden del Universo instituido por los dioses. Y, por último, la magia de lo cotidiano, la que se empleaba para afrontar o prevenir los peligros que acechan a la gente a lo largo de la vida: el nacimiento, las enfermedades, los pleitos, los temores nocturnos, etc. La magia funeraria, así como los ritos que se desarrollaban en los templos, han sido tratados ya en muchas y buenas obras. En estas páginas vamos a centrarnos sobre todo en la magia cotidiana, la magia que empleaban los vivos en su día a día.



El templo de Isis en la isla de Filé fue el último reducto de la religión y de la magia egipcia oficiales. Pintura de David Roberts (1838).

Esa magia práctica y cotidiana se transforma con la propia historia de Egipto. La magia más autóctona, más puramente egipcia, es la que vemos en la historia más antigua de Egipto, cuando las instituciones políticas y religiosas permanecen incólumes sin apenas cambios ni influencias foráneas. Los textos más antiguos nos hablan de una magia oficial, institucional, practica-

da sobre todo por sacerdotes magos. Y sin embargo es evidente que existió una «magia popular» que no dejó testimonios escritos, ya que se transmitía de forma oral, pues saber escribir y leer no era algo que supiera hacer todo el mundo.

Los textos mágicos escritos en papiros o en pergamino eran compilados y copiados, en su mayoría, en las casas de la vida, estancias anexas a los templos donde los escribas aprendían su oficio. Los escribas encargados de redactar los libros sagrados eran denominados *Sesh Medyaut en Per-Anj* («escriba de los rollos de los papiros sagrados de la casa de la vida»). Los libros producidos en las casas de la vida engrosaban después las librerías de los templos —las llamadas casas de los libros—, algunos de los cuales gozaban de renombre precisamente por sus preciosas colecciones de libros. Los papiros se guardaban en rollos dentro de cajas o de vasijas. Como el papiro era un material relativamente valioso, es corriente encontrar que en el mismo papiro hay diferentes textos, de diferentes temáticas, escritos por manos diferentes, tanto en el anverso como en el reverso. El pergamino, que era un material más noble, se usaba sólo para documentos importantes.

Tenemos una descripción de una casa de la vida en un papiro que estaba guardado en la librería de la ciudad sagrada del dios Osiris, Abydos. Es relativamente reciente. Data del siglo IV o II a. C. El texto describe un ritual para destruir y contener a las fuerzas del caos, entre ellas el dios Set, asesino del buen dios Osiris, y las naciones extranjeras enemigas de Egipto representadas por cautivos maniatados. Son rituales violentos para maldecir a los enemigos del Estado y del orden cósmico, auténticos ritos de destrucción de los que nos ocuparemos en un capítulo aparte. Al lado de estos rituales se muestra un esquema de una casa de la vida en la ciudad de Abydos, lugar sagrado de Osiris. En el diagrama se describen las protecciones mágicas que guardaban sus muros sagrados. En el centro de la estancia está representado el mismísimo dios Osiris. Los muros están guardados por los dioses Horus y Thoth por un lado y las diosas Isis y Neftis por otro. El techo es Nut, la diosa del Cielo. El suelo, de arena, representa a Geb, dios de la Tierra.

Cada uno de los muros da a un punto cardinal y posee una puerta. Se afirma en el texto que los libros son nada más y nada menos que emanaciones del dios Ra. Son por tanto objetos sagrados, cargados de poder. La estancia, lugar donde se crean los libros, las palabras de los dioses, es sagrada y sólo pueden entrar en ella los sacerdotes y los escribas. Se insiste además en el valor del secreto. Si entra quien no debe, si los secretos guardados en la casa de la vida se divulgan, el poder mágico se perderá. Hay de hecho un personaje en la casa de la vida encargado de mantener el secreto, es el *c-en-Per-Anj*, el señor de los secretos de la casa de la vida. La necesidad de mantener el secreto sobre los conocimientos mágicos es una constante en toda la historia de la magia egipcia. Y probablemente los textos que nos han llegado sean sólo algunas muestras de una tradición oral, ya perdida, y mucho más amplia, de la que estos escritos son sólo la punta del iceberg.

Sacerdotes de otros santuarios iban a visitar los templos que albergaban librerías prestigiosas para consultar sus obras, y hacían copias a su vez de sus libros. Librerías famosas fueron las del templo de Thoth en la ciudad de Jmun (Hermópolis); la del templo de Ptah en Menfis; la de Uetyeset-Heru (Edfú), que ocupaba una pequeña estancia al lado de la sala hipóstila del templo; o la del templo de Ra en Iunu (Heliópolis), centro mágico de primer orden donde se guardaban libros de matemáticas, medicina, botánica, zoología y otros muchos temas. Fue allí donde Platón fue instruido por los sacerdotes que le hablaron de un continente perdido, la Atlántida... De relevancia más reciente eran las librerías de las ciudades Bubastis y Sais, cuyas casas de la vida alcanzaron gran notoriedad a partir del primer milenio a. C. O la librería de Dendera, que se situaba a tres metros de altura sobre una de las capillas del recinto del templo.

Los papiros datados entre el 2000 a. C. y el 1550 a. C., son los conocidos de un modo muy amplio como «secretos del doctor», compilaciones de remedios mágicos y médicos contra diferentes enfermedades, picaduras de animales venenosos, etc. Textos similares se hicieron corrientes más tarde entre el 1069 a. C. y el 747 a. C. Son textos típicamente egipcios, en los que apenas se

ven influencias foráneas. Pero entre los siglos VI y II a. C. comienzan a aparecer una gran cantidad de papiros mágicos, estelas y estatuas, cargados de procedimientos en todas las áreas de la magia, y que reflejan la influencia griega.

A partir de este momento, que se corresponde con el Periodo Tardío, se puede decir que hay un cambio radical en los textos que nos han llegado. Hasta este momento, los fragmentos y libros de magia que han llegado hasta nosotros pertenecen a esa magia oficial de la que hablábamos antes. Con el periodo griego y la posterior dominación romana hubo una proliferación de personas que se dedicaban a la magia por cuenta propia, en una tierra donde la magia, en tiempos anteriores, era celosamente guardada en los templos. Muchos de los papiros mágicos de este periodo seguramente eran propiedad de estos profesionales del arte mágico que actuaban por su cuenta. En estos libros de magia, las recetas mágicas están más orientadas a un público más prosaico e interesado en usar la magia para su propio beneficio. Es una magia que escapa al control de las casas de la vida, más vulgar y pedestre, con objetivos que a menudo no son del todo lícitos y que en ocasiones entran de lleno en lo que podríamos llamar magia negra, magia egoísta orientada a satisfacer los deseos más primarios de los «clientes» que acuden al mago.

Y es que entre el siglo V a. C. y el I d. C., la influencia griega es determinante. A los papiros de este periodo se los suele denominar grecoegipcios. Algunos están escritos en demótico, una variante más sencilla y rápida de la escritura jeroglífica; otros están directamente escritos en griego, o bien ambos idiomas se mezclan. En estos papiros se hace hincapié en sistemas de adivinación y en ciertos procedimientos para obtener oráculos. Además, empieza a hacerse sentir una curiosa mezcolanza de divinidades y técnicas. Por ejemplo, el papiro Londres-Leiden es una colección de hechizos escrita en demótico, del siglo III d. C. Y aunque los procedimientos mágicos descritos en él son típicamente egipcios, se nombra e invoca a seres sobrenaturales de muchas culturas vecinas.

La magia era necesaria incluso para conseguir la eternidad y vivir en el más allá. Vendas o papiros en los que se inscribían fórmulas mágicas procedentes del *Libro de los Muertos* se guardaban en la base de figuras que representaban al dios Ptah-Sokaris-Osiris, como las de estas imágenes, de madera policromada y fechadas en la Baja Época (664-332 a. C.). Museo Arqueológico Nacional. Foto: Javier Arries.

La última influencia fue la llegada del cristianismo, a menudo mezclado con las corrientes gnósticas que pululaban en Asia y en el Mediterráneo. Los textos mágicos con añadidos de origen cristiano fueron escritos en copto, lenguaje derivado del egipcio demótico que se hablaba en los últimos tiempos. El copto es al egipcio como el español o el francés al latín. Es un idioma que tomó prestado mucho del griego. Se escribía, de hecho, con los caracteres del alfabeto griego, salvo siete caracteres que fueron tomados del demótico para representar sonidos que no se podían transcribir en griego. Cuando Egipto se convirtió al cristianismo, en sus textos mágicos aún perduraban las antiguas creencias mezcladas con las nuevas. Estos textos estaban repletos de procedimientos mágicos, astrológicos, alquímicos y herméticos. Volveremos a ello cuando, en el último capítulo, examinemos la in-

fluencia de Egipto en las doctrinas mágicas y esotéricas que han llegado, más o menos tergiversadas, hasta nuestros días.

Heka, el poder mágico

A menudo confundimos magia con religión. Y no son lo mismo. La religión es adoración y sumisión a la divinidad. La magia es técnica y práctica. El objetivo de la religión es adorar, propiciar a la divinidad reconociendo su supremacía sobre el destino del hombre y su absoluto control sobre la naturaleza. El mago sin embargo aspira a conocer los secretos que regulan el funcionamiento del universo para manipularlos conforme a su voluntad. El sacerdote solicita el favor del dios, el mago manipula los poderes de la creación. En el Antiguo Egipto, al menos en lo que a la magia oficial se refiere, religión y magia caminan de la mano y el sacerdote asume a su vez el papel de mago. La magia era fundamental para la buena marcha del Estado; es necesaria para mantener el orden de la creación. Los sacerdotes son magos, y las ceremonias del culto son a la vez rituales destinados a poner el poder mágico en acción para beneficiar al rey y al país, para evitar que el caos se apodere del universo.

Evidentemente, los egipcios que practicaban magia no se llamaban a sí mismos magos, una palabra que era ajena a su idioma, sino *hekau,* entre otras denominaciones que iremos viendo a lo largo de los próximos capítulos. El hekau es aquel que posee *heka,* y heka es el nombre que en Egipto se daba al poder mágico. Ese poder podía ser almacenado en el cuerpo del mago, especialmente en el estómago, en el abdomen, como si se tratara de una fuerza sutil, muy similar a ideas y conceptos de culturas muy alejadas entre sí, tanto en el espacio como en el tiempo. Se asemeja al *mana* de los polinesios, al *prana* del hinduismo, al *qi* de las tradiciones de Extremo Oriente. Es una fuerza invisible que une todas las cosas y las anima. Es el poder de la vida en los seres vivos.

Hay que tener cuidado con el propio heka, pues éste puede ser absorbido por otros seres, o por magos rivales. El mago absorbe heka y lo almacena en su estómago. El heka, el poder mági-

co, está por tanto en el cuerpo del mago, como dice *El libro de la vaca celeste*: «Guárdate contra los magos que conocen hechizos, ya que el dios Heka está en ellos..., ellos, que actúan según sus deseos contra la tierra entera usando la magia que está en sus cuerpos». Al mago se le teme por lo que puede, consecuencia a su vez de lo que sabe. El mago es «aquel que sabe cosas», utilizando una expresión muy común para designarlo en el Reino Antiguo. Y el saber es poder. Lo que el mago manipula es la mismísima fuerza de la creación.

Absorber el heka de los dioses llena de poder al iniciado, pero otros magos o criaturas hostiles pueden a su vez «vaciarnos» de nuestro heka. Se trata, por decirlo así, de una especie de «vampirismo» mágico, sobrenatural. Perder el heka es desastroso; significa perder poder y vitalidad. Es algo que debe evitarse a toda costa. Tal era la importancia de esta fuerza invisible que los egipcios la consideraban como el alma del creador. Es lo que anima a la creación, es la vida y la fuerza generatriz de dios. Este poder supremo fue representado en la figura del dios Heka. En Heliópolis, Heka era tenido como hijo del dios Ra. Y en la ciudad de Esna se le consideraba hijo de Jnum. Ambos son dioses creadores. La magia es una emanación directa del creador, un poder que nace con la propia creación porque es lo que la sustenta y la propia fuerza creadora. En Menfis el propio Heka era venerado como dios creador. El significado de la propia palabra *heka* nos revela su importancia. Quiere decir «lo que activa el ka». Para los egipcios, el ka es el principio vital de todo ser vivo, un doble invisible que forma parte del alma. Heka, en tanto que principio divino, es el poder de los poderes. De ahí que fuera temido por el resto de los dioses, cuyos poderes no son sino una manifestación suya.

En palabras del propio dios, tal y como se lee en el salmo 261 de los *Textos de los Sarcófagos*: «... El Universo me pertenece desde antes de que vosotros, dioses, llegarais a existir. Vosotros sois posteriores a mí, pues yo soy Heka». Y en el *Libro de los muertos*: «Yo ya era uno con Atum cuando todavía flotaba solo en el Nun, las aguas del caos, antes de que cualquiera de sus fuerzas entrara en la creación del cosmos. Soy Atum en su momento

más inagotable; la potencia y el potencial de todo lo que existe. Ésta es mi protección mágica y es más antigua y más grande que la de todos los dioses juntos». En otro texto, conocido como las *Enseñanzas de Jety para su hijo Merikara*, Jety le da consejos a su hijo y se refiere al poder mágico, al heka, como un regalo de la divinidad para todos los seres humanos, un don que les permite «protegerse de los golpes del destino».

Cuanto más heka se absorbe, de más poder se dispone para aplicarlo en magia. Algunos objetos y personas que se distinguen de sus semejantes también tienen heka por sí mismos. Por ejemplo, los niños que nacían con malformaciones físicas o enfermedades, lejos de ser excluidos, eran considerados como tocados por la gracia divina. La misma idea, pero aplicada de una forma atroz y terrible, subyace en la creencia, en muchos lugares de África, de que los albinos, especialmente los niños, están cargados de poder mágico. Pero en este caso, en lugar de procurarles una posición privilegiada, la creencia en su poder mágico les pone en el punto de mira de hechiceros y practicantes de magia negra que los asesinan para luego desenterrar sus huesos; o que amputan sus miembros, sus genitales. O bien usan su cabello o su sangre para elaborar pócimas para hacerse amar, para los negocios, etc. Esta práctica espantosa sigue tan vigente en la actualidad que hay un verdadero «negocio» de «cazadores» de albinos.

Y es que todo lo que es extraordinario o poco común a menudo se imagina lleno de magia. También las personas afectadas por enanismo eran consideradas, y mucho, como vinculadas a la magia y repletas de heka. En capítulos posteriores nos familiarizaremos con el dios Bes, un genio benéfico, un dios protector, que era representado como un enano con rasgos leoninos. Lejos de estar discriminadas, personas con enanismo aparecen como miembros del funcionariado y de la casa real. No era infrecuente que hombres y mujeres con enanismo formaran parte del cortejo real. Algunos eran enterrados junto a los reyes, honor del que sólo los más allegados al monarca son merecedores. Otros se dedicaban, como veremos más adelante, a oficios nobles como la orfebrería. Y no faltan quienes alcanzaron una posición social de renombre.

Tal es el caso de Seneb, un enano que vivió en tiempos del rey Jufu, de la V dinastía. Seneb llegó a ocupar un alto cargo en la administración, acumulando a lo largo de su vida honores, riquezas y hasta una veintena de títulos, algunos de ellos religiosos y otros como funcionario. Seneb se hizo enterrar en una rica tumba cerca de la pirámide de su rey, Jufu. En su tumba se encontró un grupo escultórico muy famoso y que puede admirarse en el Museo Egipcio de El Cairo. En él aparece Seneb, sentado a la manera de los escribas, junto a su esposa Senetites. Senetites era una mujer de alto rango, sacerdotisa de Hathor y Net, y no padecía ninguna malformación. Junto a ellos están sus dos hijos. Marido y mujer aparecen sonriendo plácidamente en una expresión serena y afectuosa. Algo muy significativo es que el artista no ocultó la particularidad física de Seneb y la trató con toda naturalidad. Seneb aparece representado con sus piernas cortas y cruzadas sobre el asiento en el que también reposa su esposa con los pies en el suelo. Ella aparece agarrando el brazo de su marido y parece orgullosa de ser retratada junto a él y sus hijos. Toda una lección procedente de un pasado con más de cuatro mil quinientos años de antigüedad.

El rey, el faraón, palabra hebrea, usada en la Biblia para el egipcio *Per-aa,* que significa «Casa Grande», la morada del rey, posee heka de forma inherente. Es una consecuencia directa de ser el representante de dios en la Tierra. Los nobles y cortesanos querían ser enterrados cerca de su rey para estar bajo su mágica protección toda la eternidad. Tal era la fuerza que emanaba de la persona del rey que impregnaba sus vestidos y enseres y se extendía a ellos. En la tumba de Reuer, un sacerdote sem de la corte del faraón Neferirkara, fue hallado un escrito en el que se relata como el sacerdote fue tocado accidentalmente por el cetro real. El contacto con esos objetos sagrados y llenos de poder podía provocar efectos devastadores en aquel que recibiera el influjo de los mismos. Por ello, el faraón le dijo enseguida, como para tranquilizarle: «¡Estarás bien!» Y al instante exclamó, como si fuera un edicto, una orden: «Es deseo de mi real majestad que este hombre esté bien, que nada le ocurra». Este hecho fue recogido por Reuer en su tumba, lo cual nos da una idea de hasta qué pun-

to el poder mágico emanado de la persona del faraón y de los objetos asociados a la realeza era algo serio… ¡y peligroso!

Las representaciones del todopoderoso Heka están cargadas de un rico simbolismo. A veces aparece con figura de hombre, portando sobre su cabeza los dos jeroglíficos que encierran su nombre mientras estrangula a dos serpientes que se enroscan en sus manos. Una representación muy adecuada si consideramos que la serpiente es un símbolo universal del poder vital y mágico. Cuando las serpientes aparecen representadas de forma dual, el símbolo suele aludir a esa misma fuerza, manifestándose como dos polos opuestos, dos expresiones antagónicas de ese poder neutro. Los dos jeroglíficos que designan la palabra *heka* son el jeroglífico *pa he*, un hilo de lino enrollado en varias vueltas por sus extremos, y a su lado, el símbolo del ka, dos brazos que se alzan hacia el cielo. A veces este hilo enrollado se interpretaba como las dos serpientes que se entrelazan alrededor de los brazos del dios. Las serpientes se asocian a menudo, incluso en nuestra propia cultura, con la medicina. Y de hecho los sacerdotes de Heka, los *hekay*, eran especialistas en esta disciplina. Como no podía ser menos, constituían un poderoso gremio de sacerdotes versados en magia y medicina; y estudiaban su ciencia en Heliópolis, en Menfis y en Esna. Pese a ello, ya que en realidad no era sino la personificación de una fuerza abstracta, Heka ni tenía culto propio ni se construyeron templos mayores en su honor.

Representaciones posteriores mostraban a Heka como un niño que se lleva el dedo a la boca en el típico gesto infantil de chuparse el dedo, gesto que por cierto fue interpretado por muchos ocultistas del siglo pasado como una invitación al secreto iniciático. Así era como se explicaba, por ejemplo, ese mismo ademán en las representaciones de Horus niño en el seno de la famosa fraternidad de magos surgida a finales del siglo XIX y conocida como Orden Hermética de la Aurora Dorada. Cuando aparece con esta forma de niño eterno, Heka representa el principio de la vida. Es entonces conocido como Heka-pa-chered, Heka, el niño, que aparece con frecuencia representado como el hijo de muchas parejas divinas.